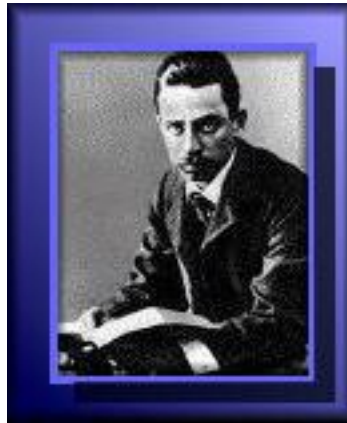


***Selección de cuentos de
"El rey Bohusch y otros cuentos"***



Rainer Maria Rilke
(1875-1926)

Annuchka

Aquel verano, la señora Blaha, esposa de un pequeño funcionario del ferrocarril de Turnan, Wenceslas Blaha, fue a pasar algunas semanas en su pueblo natal. Era un burgo asaz pobre y banal, situado en la llanura pantanosa de Bohemia, en la región de Nimburg. Cuando la señora Blaha, que a pesar de todo sentíase aún en cierta medida citadina, volvió a ver todas esas casitas miserables, creyóse capaz de una acción caritativa. Entró en casa de una campesina que conocía y sabía que tenía una hija, para proponerle llevarse a la muchacha a su morada en la ciudad, y tomarla a su servicio. Le pagaría un modesto salario y, además, la muchacha gozaría de la ventaja de estar en la ciudad y de aprender allí muchas cosas. (La señora Blaha misma no se daba cuenta muy bien de lo que la joven debía aprender allá). La campesina discutió la proposición con su marido, quien no cesaba de fruncir las cejas y que, para comenzar, se limitó a escupir delante de él a guisa de respuesta. Preguntó por fin:

-Dí, pues, ¿es que la dama sabe que Ana es un poco...?

Diciendo esto, agitó su mano morena y rugosa ante su frente con una hoja de castaño.

-Imbécil -respondió la campesina-. No iremos sin embargo a...

Así es como Ana fue a la casa de los Blaha. Estaba allí frecuentemente sola durante todo el día. Su amo, Wenseslas Blaha, está en su oficina, su ama hacía jornadas de costura afuera, y no había niños. Ana estaba sentada en la pequeña cocina oscura, cuya ventana se abría sobre el patio y aguardaba la llegada del organillo. Sucedió cada tarde antes del crepúsculo. Se inclinaba entonces lo más afuera posible por la pequeña ventana y, en tanto el viento agitaba sus cabellos claros, ella danzaba interiormente hasta el vértigo y hasta que los muros altos y sucios parecían balancearse uno frente al otro. Cuando comenzaba a empavorecerse, recorría toda la casa, descendía la escalera sombría y desaseada hasta los despachos ahumados donde algún hombre cantaba en los comienzos de una borrachera. Por el camino, encontraba siempre a los niños que vagabundeaban durante horas enteras en el patio, sin que sus padres advirtieran la ausencia de cada uno de ellos y, cosa extraña, los niños le pedían siempre que les contara historias. A veces hasta la seguían a la cocina. Ana se sentaba entonces junto al horno, ocultaba su cara vacía y pálida entre sus manos y decía: "Reflexionar". Y los niños aguardaban con paciencia un rato.

Pero como Annuchka continuaba reflexionando hasta que el silencio en la cocina oscura les causaba miedo, los niños escapaban y no veían que la muchacha se ponía a llorar, con una quejumbrosa dulzura, y que la melancolía la tornaba menuda y lastimosa. ¿Qué recordaba?

No se hubiera podido decirlo. Quizás hasta los golpes que recibió allá lejos. Con frecuencia no sabía qué cosa indefinida que había existido un día, a menos que sólo la hubiera soñado. A fuerza de reflexionar cada vez que los niños la invitaban a ello, lo recordaba poco a poco. Al principio era rojo, rojo, después había una muchedumbre. Y luego una campana, un fuerte sonar de campana, y enseguida: un Rey, un campesino y una torre. Y ellos hablan: "Querido Rey", dice el campesino. . . "Sí", dice entonces el Rey con una voz muy altiva. "Lo sé". Y en efecto, ¿cómo un Rey no sabría todo lo que un campesino puede tener que decirle?

Algún tiempo después, la mujer llevó a la muchacha a hacer compras. Como se aproximaba Navidad y era el anochecer, las vidrieras estaban muy bien iluminadas y guarnecidas de abundantes cosas. En un almacén de juguetes Ana vio de pronto su recuerdo: El Rey, el campesino, la torre. . . ¡Oh! y su corazón latió más fuerte que el ruido de sus pasos. Pero apartó ligero los ojos y, sin detenerse, continuó siguiendo a la señora Blaha. Tenía el sentimiento de que no debía ya traicionar nada. Y el teatro de muñecas quedó atrás de ellas, como si no lo hubieran advertido. En efecto, la señora Blaha, que no tenía hijos, ni aún lo había visto.

Un poco más tarde, Ana tuvo su día de salida. No regresó al anochecer. Un hombre que ya había encontrado abajo, en el café, la acompañó, y ella no se acordaba más exactamente adonde la había llevado. Le parecía que había estado ausente durante un año entero. Cuando, fatigada, volvió a encontrarse en su cocina en la mañana del lunes, esta le pareció aún más fría y más gris que de costumbre. Aquel día rompió una sopera, lo que le valió violentas reprimendas. Su ama ni siquiera advirtió que no había regresado por la noche. Con el tiempo, hacia el nuevo año, durmió afuera todavía durante tres noches. Luego cesó de pronto de pasearse a través de la casa, cerró temerosamente la vivienda y dejó de aparecer en la ventana aun cuando tocase el organillo.

Así se deslizó el invierno y comenzó una pálida y tímida primavera. Es una estación muy particular en los patios interiores. Las moradas están negras y húmedas, pero el aire es luminoso como lino frecuentemente lavado. Las ventanas mal limpiadas arrojan reflejos temblorosos y ligeros copos de polvo danzan en el viento, descendiendo a lo largo de los pisos. Se escuchan los ruidos de la

casa entera, las cacerolas resuenan de un modo distinto, su sonido es más claro, más penetrante, y los cuchillos y cucharas hacen un ruido diferente.

Por aquel tiempo, Annuchka tuvo un niño. Fue para ella una gran sorpresa. Después de sentirse durante largas semanas densa y pesada, aquello escapó de ella una buena mañana y fue en el mundo, venido Dios sabe de donde. Era domingo y aún dormían en la casa. Contempló un instante la criatura sin que su rostro se alterase en lo más mínimo. Apenas si se movía, pero de pronto una voz aguda brotó de su pequeño pecho. En ese mismo momento llamó la señora Blaha y los resortes del lecho crujieron en el dormitorio. Annuchka cogió entonces su delantal azul que estaba todavía tirado sobre la cama, ató su cintas alrededor del pequeño cuello y depositó el paquete en el fondo de su maleta. Enseguida pasó a las habitaciones, abrió las cortinas y se puso a preparar el café.

Uno de los días que siguieron, Annuchka hizo la cuenta de los salarios que había recibido hasta entonces. Eran quince florines. Cerró de inmediato su puerta, abrió la maleta y puso el delantal azul, que estaba pesado e inmóvil, sobre la mesa de la cocina. Lo desanudó lentamente, contempló la criatura, la midió desde los pies hasta la cabeza con ayuda de un centímetro. Enseguida volvió a poner todo en orden y se fue a la ciudad. Pero-¡ qué lástima!-el Rey, el paisano y la torre eran mucho más pequeños. Se los trajo sin embargo y, con ellos, otros muñecos más. A saber: una princesa con rojos y redondos lunares en sus mejillas, un viejo que llevaba una cruz sobre el pecho y que se asemejaba a San Nicolás a causa de su gran barba, y dos o tres más, menos bellos y menos importantes. Además, un teatro cuyo telón subía y bajaba a voluntad, descubriendo o disimulando el jardín que constituía el decorado.

Annuchka tenía por fin en qué ocuparse durante sus horas de soledad. ¿Qué se había hecho de su nostalgia? Levantó ese maravilloso teatro (había costado doce florines) y se puso detrás, como corresponde. Pero a veces, cuando el telón estaba alzado, corría delante del teatro y miraba los jardines, y entonces la cocina gris desaparecía detrás de los grandes árboles magníficos. Luego retrocedía algunos pasos, tomaba dos o tres muñecas y las hacía hablar según ella lo entendía. Nunca era una pieza verdadera; las muñecas se hablaban y se respondían; también ocurría a veces que dos muñecas, como espantadas, se inclinaban súbitamente una delante de la otra. O bien todas hacían una reverencia al anciano

que no podía doblarse, porque era enteramente de madera. Por esto es que la emoción en esas ocasiones la hacía caer de espaldas.

El rumor de los juegos a los cuales jugaba Annuchka corrió entre los niños. Y bien pronto las criaturas del vecindario, prudentes al principio, después más y más confiados, aparecieron en la cocina de los Blaha, parados en los rincones cuando la noche comenzaba a caer y sin perder de vista los bellos muñecos que repetían siempre las mismas cosas.

Un día Annuchka dijo, con las mejillas enrojecidas:

-Tengo todavía una muñeca mucho más grande.

Los niños temblaban de impaciencia. Pero Annuchka parecía haber olvidado lo que acababa de decir. Dispuso todos sus personajes en el jardín, apoyando contra los bastidores las muñecas que no podían sostenerse por sí mismas de pie. En esa ocasión apareció una suerte de arlequín de gran cara redonda que los niños no recordaban haber visto nunca. Pero su curiosidad se sintió picada más aún por todo ese esplendor y suplicaron que les mostrara la "¡muy grande! ¡Tan sólo una vez la "muy grande"! ¡Tan sólo por un momento la "¡muy grande"! Annuchka volvió junto a su maleta. La noche caía. Los niños y las muñecas estaban de pie, frente a frente, silenciosos y casi parecidos. Pero desde los ojos muy abiertos del arlequín, que parecía aguardar algún espectáculo espantoso, se expandió de pronto un miedo tal sobre los niños que, exhalando gritos, huyeron sin excepción.

Llevando un gran objeto azulado en sus manos, reapareció Annuchka. De súbito sus manos se pusieron a temblar. La cocina, abandonada por los niños, estaba extrañamente vacía y silenciosa. Annuchka no tenía miedo. Se rió suavemente y derribó el teatro de un puntapié, después pisoteó y rompió las delgadas tablitas que habían figurado el jardín. Y enseguida, cuando la cocina estuvo sumergida en la noche, dio una vuelta por ella y partió el cráneo a todas las muñecas, incluso la grande azul.

FIN

El Fantasma

El conde Pablo pasaba por irritable. Cuando la muerte le arrebató prematuramente su joven esposa, lo arrojó todo tras ella: sus propiedades, su dinero y hasta sus queridas. Servía entonces en los dragones de Windischgrätz.

El barón Stowitz le dijo un día:

-Posees la boca de la difunta condesa.

Esas palabras conmovieron al viudo. Desde entonces, tenía siempre un vaso de vino al alcance de la mano. Parecíale que era el sólo medio que tenía de ver esa boca amada llegando constantemente a su encuentro. El hecho es que dos años más tarde ya no le quedaba ni un cobre.

Sin embargo, cuando un día nos encontramos, por azar, en la vecindad de uno de los dominios de familia de Felderode, el conde nos invitó a acompañarlo.

-Es necesario que os muestre el lugar de mi dicha -declaró y, volviéndose hacia las damas-: El sitio donde se ha deslizado mi infancia.

Un lindo atardecer de agosto llegamos en gran número a Gran-Rohozec. El buen humor del conde nos había demorado. Estaba chispeante de espíritu. Nos sentíamos encantados los unos con los otros y no adelantábamos. Al fin decidimos, pues la hora de las visitas había pasado, ir al castillo recién al día siguiente y asistir a la puesta del sol desde lo alto de la ruina.

"¡Mi ruina!" exclamó el conde, y parecía envolver su esbelta silueta en esas viejas murallas como en una capa de oficial. Tuvimos la sorpresa de descubrir allí arriba un pequeño albergue, y nuestro humor se puso más alegre aún.

-Estoy apegado a esas viejas piedras con todas mis fibras-proclamó el conde Pablo, yendo y viniendo detrás de las almenas del torreón.

-¿Te han anunciado para mañana nuestra visita a allá abajo?

Y una voz de mujer inquirió:

-¿A quién pertenece ahora Gran-Rohozec?

El conde hubiera hecho, de buen grado, oídos sordos:

-¡Oh, un excelente joven!... Financista, naturalmente... Cónsul, o no sé qué.

-¿Casado?-preguntó otra voz de mujer.

-No, provisoriamente acompañado por su madre -respondió el conde riendo.

Después encontró excelente vino, encantadora la compañía, regia la tertulia, y grandiosa su idea de venir aquí. Entre tiempo, cantó romanzas italianas, no sin pathos, y danzas campesinas ejercitándose en hacer los saltos necesarios.

Cuando al fin cesó de cantar, juzgué bueno dar la señal de partida. Pretextamos fatiga, lo comprometimos a quedarse una corta hora más en "su ruina" y en cuanto a nosotros bajamos al albergue del pueblo.

Nuestro camino pasaba delante del castillo que, aquella noche, desafiaba la oscuridad por todas sus ventanas. El cónsul ofrecía justamente una recepción.

Era casi media noche cuando los últimos carruajes abandonaron el parque. La madre del cónsul apagaba las candelas en el vestíbulo entreabierto. Cada nuevo paño de oscuridad parecía formar cuerpo con ella. Ella se tornaba de más en más informe a medida que desabotonaba su vestido de raso de talle demasiado estrecho. Parecía ser la oscuridad misma, que no tardaría en colmar el castillo por entero.

También el hijo iba y venía, puntiagudo y anguloso como un torpedo; se hubiera dicho que buscaba retener a su madre al borde de las tinieblas. En realidad se movía a causa de la frescura. La madre y el hijo se cruzaban muy a menudo delante del fastuoso espejo que tenía prisa por arrojar aquella madeja de pliegues y de miembros. Estaba halagado por las imágenes que había reflejado esa noche: dos condes, un barón, numerosas damas y señores muy presentables. ¿Y ahora querían que se aviniera a ese cónsul negro y enclenque?

Indignado, el espejo mostraba al nuevo castellano su propio rostro. Era una figura asaz mezquina. Sin embargo el interesado la juzgaba muy nueva e intacta.

Entre tanto, también la madre había callado. Estaba como encogida en un rincón de la pieza, y sólo al cabo de algunos instantes el cónsul se explicó el entrechocarse que emanaba de ella.

-Mais laissez donc, les domestiques. . . exclamó él, en francés, de pie ante el espejo, cuando hubo comprendido.

Luego se olvidó y tradujo él mismo:

-¿Qué van a pensar las gentes? ¡Deja pues eso, mamá! Vete a acostar, llamaré a Federico.

Esta última amenaza tuvo un efecto decisivo. Era una suerte haber conservado al antiguo mayordomo del conde. Si no, cómo se hubiera logrado organizar esa comida. Nunca se sabía qué vestidos

se debía poner, y habían tantos otros problemas del mismo género. En todo caso algo era cierto, en ese momento: no debe contarse por sí misma la platería, ¿verdad?

"De modo que deja eso, mamá, te lo ruego".

La opulenta matrona en raso negro se retiró. En el fondo, despreciaba un poco a su León. ¿Por qué no había adquirido un título más reluciente y cuyo brillo se reflejara también sobre ella?

"¡Cónsul! ¿Y yo?"-se decía-. Era vergonzoso. Sin embargo se retiró. León descuidó vigilar sus manos y las encontró de pronto ocupadas en manipular cucharas de plata. "25, 28, 29", contaba, como si hubiera recitado versos. Oyó de súbito un grito penetrante. "¿Qué es lo que pasa?" -exclamó-, con grosería, como si estuviera detrás de un mostrador de mercader.

"30, 32", contaba maquinalmente.

No habiendo recibido ninguna respuesta, comprendió que sólo podría contar hasta la tercera docena y, rechazando la 35, atravesó corriendo el salón amarillo, el salón de juegos y el salón verde.

Ante la puerta acristalada que se abría sobre el dormitorio de su madre, estaba desplomado una forma negra. Era ella, la mujer sin título. Gemía. Intentó primero reanimarla; pero de pronto renunció a esa tentativa y, espantado, miró a través de los cristales de la puerta. Como luchando contra la penumbra, una alta y blanca forma se adelantaba tanteando a lo largo de la pared, se inclinaba, se hundía en las tinieblas, luego reaparecía, imprecisa como un enorme fuego fatuo.

León comprendió, no por un razonamiento, sino por el miedo que experimentó, que aquello era aparentemente algún difunto y lejano abuelo de los Felderode; después

pensó que ese hecho sin precedentes era particularmente peligroso porque no se había borrado el escudo de armas condal del techo ni de las sillas. Ese fantasma no podía, pues, sospechar que el castillo había sido vendido. De ello se seguirían complicaciones interminables. A pesar de la rareza del acontecimiento, el cónsul olvidó durante algunos instantes su propia situación y examinó todas las posibilidades. Una aparición diabólica, tal fue su conclusión. Lo que dura un segundo pensó en precipitarse en la capilla del castillo, pero advirtió que era demasiado novicio y muy inexperto en las cosas del cristianismo para mostrarse a la altura de una situación tan difícil.

En el mismo instante en que recibió a su pobre madre entre sus brazos, la decoración cambió en el interior de la pieza. Se oyó pronunciar una suerte de violenta fórmula mágica y de inmediato la

bujía ardió sobre la mesa de noche. El fantasma se tendió en el lecho y pareció materializarse estrepitosamente, porque sus gestos se tornaban más y más humanos y más comprensibles. León se sintió de repente tentado de estallar en una gran risa y se descubrió agudeza.

"¡He aquí otra de esas virtudes aristocráticas! Cuando nosotros nos morimos, estamos bien muertos. Pero esas gentes hacen como si nada hubiera pasado, todavía cinco siglos más tarde".

Llegó hasta demostrar maldad:

"Naturalmente, antaño esos señores sólo eran vivos a medias; ahora son sólo muertos a medias..."

Juzgó esta observación tan notable que quiso con fines útiles comunicarla a su madre. Esta recobró el sentido al tiempo preciso para ver al fantasma sacar las sábanas de noche de debajo de la almohada y arrojarlas a lo lejos, como al mar. Estuvo a punto de desvanecerse otra vez, pero su sentido moral ganó terreno y exclamó: "¡Qué individuo grosero! ¡Friedrich, Johanna, August!" Luego asió a su hijo por el brazo, haciéndole atragantar su buen humor, y lo apremió:

-¡Ve ahí, León, agarra la pistola y ve ahí!

León sintió doblárseles las rodillas.

-Enseguida-gimió con una voz seca-, empujando con las dos manos la puerta que cedió. Pero una mano se alzó del lecho, como en un gesto de advertencia, se elevó, se cernió y volvió a caer sobre la candela que murió humildemente.

En el mismo instante, el viejo Federico apareció en el umbral del salón verde. Llevaba ante sí un pesado candelabro de plata y permaneció en una posición de espera absolutamente inmóvil tanto tiempo como la madre del cónsul continuó rugiendo:

"¡Qué individuo grosero! ¡Qué individuo grosero!"

En cambio, León demostró oportunidad y coraje. Se expresó más claramente:

-Un extraño, Federico, un ladrón sin duda, se esconde en la habitación de la señora. ¡Ve ahí, Federico! Vuelve a poner orden ahí adentro llama gentes. Yo no puedo ..."

El viejo mayordomo se dirigió prestamente hacia la habitación hundida en la sombra. Marchó, por así decirlo, en pos de las últimas palabras del cónsul. Los otros le siguieron con los ojos, ansiosos e impacientes.

Federico asió el cobertor del lecho e iluminó con un gesto brusco el rostro del hombre tendido. Sus movimientos eran tan enérgicos que León se sintió capaz de heroísmo y gritó con una voz estridente:

- "Echa eso afuera... ese miserable... ese holgazán..." Trataba de excusarse a los ojos de su madre con su cólera.

Pero Federico estuvo de pronto ante él, rígido y severo como un tribunal. Tenía puesto un dedo atento sobre sus labios discretos. Con ese gesto expulsó suavemente a su amo del dormitorio, volvió a cerrar con cuidado la puerta acristalada, hizo caer la mampara, y apagó despaciosamente las cuatro bujías del candelabro, una tras otra. La madre y el hijo acompañaban todos sus gestos con mudas interrogaciones.

Entonces el viejo servidor se inclinó respetuosamente ante su amo y anunció, como se anuncia una visita:

--Su Excelencia el conde Pablo Felderode, comandante de caballería retirado.

El cónsul quiso hablar, pero le faltó la voz. Se pasó varias veces el pañuelo por la frente. No se atrevía a mirar a su madre. Pero sintió de pronto que la anciana le tomaba la mano y la retenía dulcemente en la suya. Esa pequeña ternura lo conmovió. Ella unía a esos dos seres y los elevaba por encima de la vida cotidiana, haciéndolos participar un instante del destino de todos aquellos que están sin hogar.

Federico se inclinó otra vez, más profundamente que antes, y dijo:

-¿Puedo hacer aprestar las habitaciones de los amigos?

Enseguida apagó la luz en el salón verde y siguió a sus amos caminando sobre la punta de los pies.

FIN

La Risa de Pán Mráz

La historia de Pán Václav Mráz exige este complemento:

No ha sido posible establecer a qué ocupación se dedicó el señor Mráz hasta sus cuarenta años de edad. Por otra parte es indiferente. En todo caso no había derrochado el dinero, porque a dicha edad había comprado el castillo y la propiedad de Vesin con todas sus dependencias a su propietario, el conde de Bubna-Bubna, que estaba endeudado hasta el pescuezo.

Las viejas doncellas que acogieron al nuevo castellano con blancos vestidos de muchacha ante la portada del castillo, no os dirán que esto ocurrió hace veinte años. Pero ellas recuerdan, como si el acontecimiento fuera ayer, que Pán Mráz escupió delante de él cuando se le tendió una gran garba de rosas cortadas en el jardín del presbiterio. Por otra parte fue por casualidad y sin malicia.

Al día siguiente, el nuevo amo recorrió todas las piezas del antiguo castillo. No se detuvo en ninguna parte. Sólo una vez se quedó parado durante algunos momentos ante un rígido y solemne sillón imperio y se echó a reír. Esos pequeños veladores de patas retorcidas, esas presumidas chimeneas con sus relojes detenidos y esos cuadros llenos de sombras, todo aquello parecía divertir mucho al señor Mráz, en tanto alargaba el paso delante del sofocado intendente.

Pero el salón gris de plata, bañado de una luz descolorida, alteró su humor. Los ávidos espejos que aguardaban desde hacía tiempo un visitante se arrojaron el uno al otro la cabeza roja del señor Mráz, como una manzana gigantesca y excesivamente madura, hasta que Pán Václav salió golpeando la puerta de cólera y dio orden de clausurar para siempre ese edificio con sus muebles ridículos y sus habitaciones.

Así se hizo.

El señor Mráz ocupó el antiguo departamento del intendente, amueblado con sillas macizas y anchas mesas lisas. Allí se le puso asimismo el lecho doble de encina. Durante algún tiempo Pán Mráz se acostó solo entre las grandes sábanas; pero una noche se movió hacia la derecha del lecho e hizo sitio a la honorable Aloïsa Mráz, Hanus por nacimiento.

He aquí como sucedió la cosa: Todo el mundo sabe que las amas os roban; es por esto que es bueno tener una esposa valiente y vigilante. Y Aloïsa Hanus poseía, al parecer, las cualidades necesarias. Además, un castillo necesita un heredero. Ahora bien, el inventario no lo incluía. Por consiguiente era necesario producirlo. Pán Václav pensó entonces que lo mejor sería pedirselo a Aloïsa; porque era rubia, vigorosa como una campesina y de buena salud. Y era justamente lo que deseaba el señor Mráz.

Pero la excelente Aloïsa desempeñó muy mal su tarea. Comenzó por dar a luz una criatura tan pequeña que Pán Mráz la perdía de vista continuamente, como si hubiera caído a través de un cedazo, y cuando aún se asombraban de que ese pequeño ser fuera verdaderamente vivo, él mismo se murió sin decir oxe ni moxte. Y de nuevo fué el reino de las amas.

Pán Mráz no ha olvidado esa doble decepción. Se recuesta en los anchos sillones y no se levanta sino cuando llegan visitas. Lo que es bastante raro. Hace subir vino y habla de política, con su manera melancólica y lasa, como de un asunto profundamente entristecedor. No concluye ninguna frase, pero se enfada cada vez que su interlocutor la completa mal. A veces se levanta y llama: "¡Václav!"

Después de algunos instantes se ve entrar a un joven alto y delgado. -Ven aquí, hazle una reverencia al señor --vocifera Pán Mráz. Y luego dice a su visitante-: Excusadme, es mi hijo. Sí, no debiera confesarlo. ¿Creeríais que tiene diez y ocho años? Me oís bien: ¡diez y ocho años!

¡Hablad sin ceremonia! Vais a decirme que aparenta a lo sumo quince. ¿No tienes vergüenza? Después despide a su hijo.

-Me causa preocupaciones-dijo-. No es bueno para nada. Y si mañana yo cerrara los ojos...

Un visitante respondió un día:

-Pero veamos, querido señor Mráz, si el porvenir os inquieta verdaderamente... Dios mío, sois joven... Haced una nueva tentativa, casaos...

-¿Cómo?-vociferó el señor Mráz, y el forastero se apresuró a despedirse.

Pero apenas quince días más tarde, Pán Václav se pone su levita negra, y se va a Skrben.

Los Skrbensky son de muy antigua nobleza y se mueren de hambre en silencio en su último dominio de familia. Es allí que el señor Mráz va a buscar a la menor, la condesa Sita. Sus hermanas la envidian, porque Mráz es muy rico. Las bodas tienen lugar casi de inmediato, sin ningún fasto.

De regreso a su casa, el señor Mráz descubre cuán delicada y pálida es Sita. Comienza por tener miedo de quebrar "esa pequeña condesa". Enseguida se dice: "Si hay justicia, ella debe darme un verdadero gigante". Y espera.

Pero no hay justicia, aparentemente.

La señora Sita continúa semejante a una criatura. Solamente sus ojos asumen una expresión de asombro. No sucede nada. Se pasea incesantemente a través del parque, el patio o la casa. A cada momento hay que ponerse en su búsqueda. Hasta que un día no fue a comer.

"Es como si no tuviera mujer de ninguna manera", exclama el señor Mráz jurando. En aquel tiempo sus cabellos albearon rápidamente y comenzó a caminar con esfuerzo.

Sin embargo, una tarde él mismo se puso a buscar a la señora Sita. Un doméstico le señaló el ala habitualmente cerrada del castillo. Deslizándose en sus pantuflas de fieltro, el señor Václav atraviesa el semi-día perfumado de esas habitaciones descaecidas. Refunfuñando pasa delante de aquellas chimeneas suntuosas y aquellos sillones solemnes. No está de humor para reír.

Al fin llega al dintel del salón gris de plata, donde están los innumerables espejos, y se queda herido de asombro. A pesar del crepúsculo que cae ve reflejarse en esos espejos a la señora Sita y a su hijo, el pálido Václav. Están sentados muy lejos el uno del otro, inmóviles, en las sillas de seda clara, y se miran. No se hablan. Podría creerse que nada se han dicho aún. ¡Extraño! "¿Y?", piensa el señor Mráz, con un punto de interrogación detrás de cada palabra. "¿Y?" Hasta que pierde la paciencia. "¿En qué puedo servirlos?", vocifera, "¡Os lo suplico, señoras y señores, no os molestéis!" Su hijo se sobresalta y se vuelve hacia la puerta, pero Pán Mráz le ordena estarse. Desde entonces, tiene un entretenimiento, durante las tardes demasiado largas. Cada vez que se siente muy disgustado, recorre con su silencioso calzado la sarta de habitaciones dormidas hasta el pequeño salón de los espejos. Ocurre que los dos jóvenes no estén todavía allí. En ese caso los hace buscar.

-"Mi mujer y el joven señor",-vocifera al doméstico.

Y he aquí que ellos deben sentarse frente a frente, en las mismas sillas de costumbre. "No os aflijáis por mí", exclama el señor Václav con una voz lánguida, y se instala cómodamente en el gran sillón central. A veces parece dormir, o por lo menos respira como si durmiera. Pero tiene, sin embargo, los ojos entreabiertos y observa

a los dos jóvenes. Se ha habituado poco a poco a la penumbra. Ve mucho mejor que la primera vez.

Ve los ojos del joven y de la joven huirse mutuamente y encontrarse, no obstante, sin cesar en todos los espejos. No se le escapa que temen caer el uno en los ojos del otro, como en un abismo sin fondo. Y que, a pesar de todo, se arriesgan hasta el borde de la sima. De pronto los posee un vértigo; y ambos cierran los ojos al mismo tiempo como si fueran a saltar juntos desde lo alto de una torre.

Entonces Pán Mráz ríe y ríe. Después de un largo intervalo ha recobrado su risa. Es buena señal: ciertamente, se hará muy viejo.

FIN

Tía Babette

Tía Babette hizo otra profunda inspiración. El sol de la mañana guiñó, como un nieto díscolo, a través de las cortinas de tul inundadas de blancos reflejos, cogió el rayo más largo, rodeó, como con una pluma de oro, el blanco gorro de dormir y la frente muelle de la anciana, luego se estremeció y vibró sin cesar alrededor de los ojos, de los labios y de la nariz hasta que la tía hizo esa profunda inspiración y volvió tímidamente sus ojos enrojecidos y asombrados hacia la ventana: ¡Ah! Hizo un bostezo de bienestar y se estiró. A pesar del gesto perezoso, había en el sonido de ese bostezo algo de resuelto y concluyente: se hubiera dicho el rasgo que se trazara al pie de un trabajo acabado y logrado. ¡Ah. . . !

Volvió a cerrar los ojos y permaneció tendida con la expresión de alguien que acaba de tragar una cucharada de café azucarado o de decir una maldad que ha tocado. La pieza era clara y tranquila. El sol precipitaba allí más y más rayos, los clavaba como dardos vibrantes en las claras maderas del piso, en los resplandecientes veladores imperio, y algún trasco se los devolvía, desde el fondo del espejo, en plena cara.

Como una lejana música de batalla, una orquesta de moscardones bordoneaba en las ventanas, acompañando el claro vaivén de ese gayo lanzador de dardos; el ligero susurro penetraba en el semisueño de la buena tía, y las frescas ondas de un reflejo de primavera borraban poco a poco las arrugas con rasgos sonrientes. Parecía verdaderamente joven en el momento en que se erguía asaz enérgicamente en sus almohadas, y miraba a su alrededor en la habitación. Todas las cosas tenían no se sabía qué de brillante, de nuevo, y se regocijaba con ello. Un delicado perfume de jacintos se elevaba de las flores, que guarnecían la ventana y se mezclaba a un relente de lavanda que subía de sus almohadas. La vieja señorita echó una mirada rápida a la imagen de la virgen cuyas sombras tenían en pleno día reflejos verdes. Sus manos magras y duras describieron una rápida señal de la cruz e, inmediatamente después, regañó al canario dormido cuya jaula estaba suspendida sobre la ventana y que a pesar de la hermosa mañana no se decidía a cantar. Regresando de la ventana, sus miradas quedaron pegadas al canapé. Allí había, alineados cuidadosamente, un sombrero negro, con un ancho velo de crespón que caía a lo largo del respaldo como un torrente nocturno, un par de guantes negros,

cada uno de su lado, como separados por alguna irremediable enemistad, un antiguo libro de plegarias más negro aún, y, más lejos, dos pañuelos muy blancos brillaban en medio de todo ese duelo como una pareja de caballos blancos enganchados a la carroza fúnebre de una muchacha.

La tía contempló esos objetos con una mirada sorprendida, y todas las arrugas reaparecieron, como sombrías orugas, en su viejo rostro. Calculó: lunes 12, martes 13, miércoles 14, jueves 15, viernes 16. Y con un meneo de cabeza laso y resignado comprobó: hoy justamente, 16 de abril, viernes, es el séptimo aniversario de mi difunto hermano, el inspector de finanzas Johann August Erdmanner. Él tenía tres años más que ella y al morir en el rigor de los cincuenta, munido de los santos sacramentos, había dejado una viuda inconsolable y dos hijos menores. Había muerto por la tarde, a las cuatro, en el preciso instante en que todos habían salido para ir a tomar una taza de café. Y la habitación iluminada por un rayo de sol se desvaneció en los ojos de la vieja señorita. Recordó al excelente Johann, magro y reseco, y la joven viuda que había vivido apenas cinco años a su lado, y el doctor de cara purpúrea. (Y Herminia, la viuda, que osaba pretender que ese no bebía!) ¡Y la religiosa, que también entendía de tirar las cartas, en cruz! ¡Sí, ciertamente, las cartas le enseñaban todo a esa! ¡Y todo había sido tan hermoso al día siguiente! Aquellas columnas enteras en los diarios, y las visitas: todos esos rostros graves y bañados de lágrimas, la mezquina corona del avaro del propietario y todas las demás bellas; coronas. ¡Sí, había tenido un magnífico entierro el señor inspector de finanzas Johann August Erdmanner! Y se conmemoraba dignamente cada año el aniversario de su muerte. A las diez, toda la familia, con gran duelo, se reunía en la iglesia de la Asunción, con guantes negros, mejillas pálidas y ojos enrojecidos. Y durante todo el día, todos hablaban en voz baja y ronca, como ahogada, y se hacían solemnes signos de cabeza. Cuando penetraban en la cavernosa iglesia, agradecían a las viejas que tenían las hojas de la puerta, con una voz alterada por la emoción, y sumergían tan largamente sus guantes negros en el agua bendita que cada señal de la cruz dejaba al punto marcas negras sobre sus rostros sobresaltados y resignados. Los pañuelos blancos bajo los dedos doblados tenían el aire de asechar el momento de ser llevados a los ojos desbordantes de lágrimas. Tenían frecuente ocasión para ello. En el fresco rostro del propio sacerdote se dibujaban algunas arrugas dolorosas alrededor de los labios hartos, y se hubiera dicho que recogía con lengua recalcitrante las últimas gotas de un brebaje agrio. Cuando, un poco más tarde, descendía

las gradas del altar obscuro y su silueta se recogía abajo, como un pudding frustrado, y, acompañado por la voz del rojo oficiante, exclamaba con una voz hueca: "¡Oremos, hermanos míos!", de toda la compañía sólo quedaba una confusa madeja de crespón y paño negro. La emoción había pasado como un tren sobre los sobrevivientes en duelo; estaban dispersos, entre los bancos lustrosos, como mutilados entre los rieles.

Todo eso habíase repetido seis años seguidos, y la vieja tía, sobre su almohada perfumada de lavanda, sabía que el hecho se reproduciría por séptima vez, exactamente igual.

Echó sobre el cuadrante de nácar del pequeño reloj imperio de péndola una mirada tan desesperada como si las agujas hubieran marcado su propia hora final. Quiso levantarse; pero tras un gesto brusco sus manos se deslizaron sin fuerza a lo largo del blanco edredón, como bajo el peso de un formidable iceberg. Sintió de nuevo en los riñones y en la espalda los dolores violentos que se manifestaran pocas semanas antes. Un estremecimiento recorrió su espalda; su cabeza estaba pesada y floja.

Palideció y gimió. Si, justamente así era como había muerto su padre; en una hermosa mañana, después de una mala noche. Y la anciana recordó de pronto que ella tampoco había pegado los ojos durante la noche última. No, no había pegado los ojos, estaba bien segura de ello. Un sudor helado brotó por todos sus poros. Y recordó que la buena hermana que tiraba tan bien las cartas había tenido que enjugar tantas veces, al acercarse la agonía, la frente de su pobre padre difunto. ¿Habíale llegado verdaderamente su turno? Con un gesto convulsivo, juntó las manos sobre el cobertor blanco. El canario reanudaba sus trinos incesantes. Los jacintos parecían ya lasos, y el día claro y puro, se estiraba, ancho y frío, sobre el piso de madera.

Tía Babette sentíase soñolienta. Se preguntó de pronto: ¿cómo había muerto su padre? El esfuerzo que hacía para recordarlo arrugó su frente. Respiró: justamente así, lo habían traído. Había caído en síncope en la calle. Y ella pensó: no obstante es una gracia... así... en su lecho... Y no se movió más.

FIN

K I S M E T

Ancho y pesado, Král el fuerte estaba sentado al borde del camino de tierra surcado de carriles. Tjana se acurrucaba junto a él. Tenía apretado su rostro de niña entre sus manos morenas y aguardaba, con los ojos muy abiertos, espiando en silencio. Ambos contemplaban el crepúsculo de otoño. Delante de ellos, en el prado pálido y pobre, estaba parado el carromato verde; lanas multicolores flotaban suavemente sobre su puerta. Un humo liviano y azulado se elevó de la angosta chimenea de palastro y temblando se disipó en el aire. Más lejos, sobre las colinas que parecían formar largas ondas rasas, el caballo de tiro fatigado parecía chapotear y ramoneaba a cortas dentelladas rápidas el escaso retoño que quedaba. A veces se detenía, alzaba la cabeza y con sus buenos ojos pacientes miraba el mismo crepúsculo en que se encendían y saludaban las ventanitas del pueblo.

-Si -dijo Král, con un aire de salvaje resolución-. Es por tu causa que él está allí.

Tjana guardó silencio.

-Si no, ¿qué vendría a hacer aquí Prokopp?- agregó Král, con enojo. Tjana encogió los hombros, arrancó con un vivo gesto algunas largas briznas de una hierba plateada y, jovial, las tomó entre sus dientes blancos y brillantes. Siempre silenciosa, parecía contar las luces del pueblo.

Se elevó el Ave María, allá lejos.

La débil campanita precipitaba su movimiento, como impaciente por terminar. El sonido se detuvo de golpe y se hubiera dicho que en el aire quedaba suspendida una queja. La joven bohemia echó sus graciosos brazos hacia atrás y se apoyó contra la cuesta. Escuchaba el canto vacilante de los grillos y la voz lasa de su hermana que cantaba una canción de cuna en el interior del carromato.

Ambos prestaron oídos durante algunos momentos. Después el niño se puso a llorar en el carromato, con largos sollozos desesperados Tjana volvió la cabeza hacia el gitano y le dijo, burlona:

-¿Qué esperas para ir a ayudar a tu mujer, Král? El niño llora.

Král agarró la mano de la muchacha:

-Es por ti que ha venido Prokopp-refunfuñó a modo de respuesta.

La muchacha meneó la cabeza con un aire sombrío.

-Lo sé.

Entonces Král el fuerte asió su otra mano y la apretó contra la tierra. Tjana estaba como crucificada. Mordió sus labios hasta sangrarlos para no gritar. Amenazador, él se había inclinado sobre ella. Tjana nada veía ya del crepúsculo otoñal. Sólo lo veía a él, con sus hombros anchos y poderosos. Era tan grande, sobre ella, que le ocultaba el carromato, el pueblo y el cielo pálido. Cerró un instante los ojos y sintió: "Král significa rey. Sí, en efecto es un rey".

Pero al mismo tiempo sintió el dolor quemándole las muñecas como una humillación. Se sobresaltó, desprendióse con una violenta sacudida y se irguió ante Král, furiosos y chispeantes los ojos.

-¿Qué quieres?-preguntó él con una voz sorda.

Tjana sonrió.

-Danzar.

Levantó sus graciosos brazos de frágil muchacha y lenta y ligeramente los hizo girar como si sus manos morenas fueran a trocarse en alas. Inclino la cabeza hacia atrás, muy atrás, dejando flotar sus cabellos negros y pesados, y ofreció su extraña sonrisa a la primera estrella que aparecía. Sus pies desnudos, de tobillos finos, buscaban un ritmo, como a tientas; en su joven cuerpo había un deseo de mecedura y de caricias, de goce consciente y de abandono sin voluntad, como deben experimentarlas las flores de tallos delgados cuando el crepúsculo las roza.

Temblorosas las rodillas, Král estaba de pie ante ella. Veía el bronce pálido de los hombros desnudos de la bailarina. Y sentía confusamente: Tjana danza el amor.

Cada soplo que atravesaba los prados parecía confundirse con sus movimientos, como una ligera caricia, y todas las flores soñaban en su primer sueño mecerse e inclinarse de ese modo. Tjana se acercaba más y más a Král y se inclinó hacia él, tan extrañamente que los brazos del hombre parecían paralizados por su muda contemplación. Estaba de pie como un esclavo y escuchaba latir su corazón. Tjana lo rozaba como un aliento, y el ardor de su movimiento muy próximo lo alcanzaba como una onda. En seguida ella retrocedió muy atrás, sonrió con una expresión de orgullo vencedor y sintió: "Sin embargo, no es un rey".

El gitano recobraba poco a poco sus sentidos y la perseguía como a una imagen de ensueño, a tientas y secretamente. De pronto se detuvo. Algo se unía y se mezclaba al movimiento mecedor de Tjana. Un canto ligero y flotante que parecía desde largo tiempo contenido en su danza y que, como saliendo de un largo sueño, parecía florecer en cadencias más y más ricas y pletóricas. La

bailarina vacilaba. Todos sus movimientos se hacían más lentos, más suaves, como si estuviera al asecho. Miró a Král y ambos sintieron ese canto como un peso que los paralizaba. A su pesar, sus ojos se volvieron en la misma dirección y vieron a Prokopp que avanzaba. La delgada silueta de su cuerpo de hombre mozo dibujábase sobre el crepúsculo gris de plata. Caminaba, como inconsciente, con paso somnoliento, y sacaba las notas de su dulce canción de una simple flauta rústica. Lo vieron acercarse. De pronto Král se lanzó a su encuentro y arrancó la flauta de los labios del joven. Prokopp, con presencia de ánimo, asió con sus viriles manos los brazos del agresor, los apretó con fuerza y sostuvo con ojo interrogador la mirada hostil y ardiente de Král.

Los hombres permanecieron así, cara a cara. Alrededor de ellos era el silencio. El carromato verde parecía mirar la comarca, a través de los resplandores turbios de sus lumbreras, como con ojos tristes que esperaban.

Sin decir palabra, los dos gitanos se soltaron de pronto. Král con una cólera terca, el joven frente a él, con una confesión suavemente interrogadora en sus ojos sombríos. Bajo la mirada de los hombres, Tjana se había desplomado. Parecíale que debía ir hacia Prokopp, abrazarlo y preguntarle: "¿De dónde viene esa canción?" Pero ya no tenía fuerza para ello. Estaba acurrucada al borde del camino, inerte, como una criatura que tiene frío, y guardaba silencio. Sus labios callaban. Sus ojos callaban.

Los hombres aguardaron un momento, luego Král echó al otro una mirada hostil y provocadora y tomó la delantera. Prokopp parecía vacilar. Tjana vio los ojos tristes del joven gitano despedirse de ella. Ella se estremeció. Después la silueta delgada y ágil se hizo más y más imprecisa y acabó por desaparecer en la dirección en que Král se había marchado. Tjana oyó los pasos perderse en los prados. Retuvo el aliento, escuchando en la noche.

Un soplo recorrió la llanura, cálido y apacible como el aliento de un niño dormido. Todo estaba claro y silencioso; y de ese vasto silencio se destacaban los sonos ligeros de la joven noche: el zurrido de los viejos tilos, un arroyo en alguna parte, y la pesada caída de una mañana madura en la hierba de otoño.

FIN

Primavera Sagrada

"¡Nuestro Señor recibe extraños huéspedes!" Tal era la exclamación favorita del estudiante Vicente Víctor Karsky, y la profería en toda ocasión, oportuna o no, con cierto aire de superioridad, que provenía quizá de que se encontraba a sí mismo en el número de esos "extraños huéspedes". Desde hacía largo tiempo sus compañeros le tenían, en efecto, por un original. Lo estimaban por su cordialidad, bien que ella frisara a menudo en el sentimentalismo, compartían su humor alegre, y lo dejaban sólo cuando estaba triste. Por lo demás, soportaban y perdonaban gustosamente su "superioridad".

Esta superioridad de Vicente Víctor Karsky consistía en que hallaba para todas sus empresas logradas o abandonadas, denominaciones soberbias. Y sin vanagloria, con la seguridad de hombre maduro, agregaba sus actos uno al otro, como se construye un muro de piedra sin defecto, capaz de desafiar los siglos.

Después de una buena comida, hablaba gustosamente de literatura, sin pronunciar jamás una palabra de blasfemia o de crítica, pero limitándose, por el contrario, a honrar con una adhesión más o menos íntima, las obras que aceptaba. Profería así sanciones definitivas. En cuanto a los libros que le parecían malos, no tenía costumbre de leerlos hasta el fin, y sencillamente no hablaba de ellos, aunque gozaran del favor general. Por otra parte, no afectaba ninguna reserva hacia sus amigos, relataba con una amable franqueza todo lo que le acontecía, hasta los hechos más íntimos, y aguantaba buenamente que lo interrogaran sobre sus tentativas de "elevar hasta él" a pequeños proletarios. Era, en efecto un rumor que corría acerca de Vicente Víctor Karsky. Sus ojos azules profundos y su voz acariciadora debían contribuir a sus éxitos. Parecía, en todo caso, decidido a aumentar sin cesar el número de aquéllos, y convertía con un celo de fundador de religión, innumerables muchachitas a su teoría de la felicidad. Ocurría, ciertas noches, que uno de sus camaradas lo encontrase, en el ejercicio de su sacerdocio, conduciendo ligeramente por el brazo una compañera morena o rubia. De ordinario, la pequeña reía con todo el rostro, en tanto Karsky hacía un gesto de los más serios, que parecía significar: "¡Infatigable al servicio de la humanidad!" Pero cuando se contaba que tal o cual miembro de la gentil pandilla

era "atrapado" y se veía constreñido a casarse, nuestro profesor ambulante y aureolado de éxito encogía sus anchos hombros esclavos y dejaba caer con desdén: "¡Sí, sí-Nuestro Señor tiene extraños huéspedes!". Pero lo más extraño, en Vicente Victor Karsky, es que había algo en su vida de que ninguno de sus amigos más íntimos sabía nada. Se lo callaba a sí mismo; porque no había hallado nombre para eso; y sin embargo, pensaba en ello, en estío, cuando iba a la puesta del sol, solitario, por un camino blanco; o en invierno, cuando el viento giraba en la chimenea de su piecita, y densos montones de copos de nieve asaltaban sus ventanas, remendadas con papel pegado; o también en la pequeña sala crepuscular del albergue, en el seno del círculo de amigos. Entonces su vaso permanecía intacto. Contemplaba fijamente delante suyo, como deslumbrado, o como se mira un fuego lejano, y sus manos blancas se juntaban involuntariamente. Se hubiera dicho que le había llegado alguna plegaria, por azar, así como llegan la risa o el bostezo.

Cuando la primavera hace su entrada en una pequeña ciudad, ¡qué fiesta se organiza! Semejantes a los brotes en su reprimida premura, los niños de cabezas de oro se empujan afuera de las habitaciones de aire pesado, y se van remolineando por la campiña, como llevados por el alocado viento tibio que tironea sus cabellos y sus delantales y arroja sobre ellos las primeras florecencias de los cerezos. Gozosos como si volvieran a encontrar, después de una larga enfermedad, un viejo juguete del cual hubieran estado mucho tiempo privados, reconocen todas las cosas, saludan a cada árbol, a cada breña, y se hacen contar por los arroyos jubilosos lo acaecido durante todo ese tiempo. Qué enajenamiento correr a través de la primera pradera verde, que cosquillea tímida y tiernamente los pequeños pies desnudos, brincar en persecución de las primeras mariposas que huyen en grandes zig-zags enloquecidos por encima de las magras breñas de saúco y se pierden en el infinito azul pálido. Doquiera la vida se agita. Bajo el sobradillo, sobre los hilos telegráficos que rojean, y hasta sobre el campanario, muy cerca de la vieja campana gruñona, las golondrinas realizan sus citas. Los niños miran con sus grandes ojos asombrados los pájaros migradores que vuelven a hallar su amado viejo nido; y el padre retira de los rosales sus mantos de paja, y la madre, de pequeñas impaciencias, sus calientes franelas. Los viejos también trasponen su umbral con paso temeroso, se frotan las manos arrugadas, parpadean en la luz chorreante. Se llaman el uno al otro: "¡pequeño viejo!", y no quieren dejar de ver

que están conmovidos y dichosos. Pero sus ojos los traicionan, y ambos agradecen en su corazón: ¡todavía una primavera !

En un día semejante, pasearse sin una flor en la mano es un pecado, pensaba el estudiante Karsky. Por eso blandía una rama perfumada, como si le hubieran encargado hacer propaganda a la primavera. Con paso liviano y rápido, como para huir lo más pronto del aire frío del ancho pórtico obscuro, iba a lo largo de la vieja calle gris de casas con tejado, saludando al posadero sonriente y obeso que se hacía el importante delante de la ancha entrada de su establecimiento, y a los niños que, sobre el mediodía, se lanzaban fuera de la estrecha sala de la escuela. Iban primero juiciosamente, de a dos, pero a veinte pasos de la salida el enjambre reventaba en inúmeras parcelas, y el estudiante pensaba en esos cohetes que, muy alto en el cielo, se resuelven en estrellas y en bolas de luces. Con una sonrisa en los labios y un canto en el alma, se apresuraba hacia ese barrio exterior de la pequeña ciudad donde se avecinaban casas de apariencia campesina y confortable, y villas nuevas rodeadas de jardincillos. Delante de una de las últimas casas admiró una olmeda sobre cuyos ramajes corría ya un estremecimiento de verdor, como un presentimiento del esplendor próximo. Dos cerezos florecidos hacían de la entrada un arco de triunfo, en honor de la primavera, y las flores rosa pálido inscribían allí una luminosa bienvenida.

De pronto Karsky se detuvo, como herido de estupor: en medio de la floración, veía dos ojos azules profundos, que soñaban, perdidos en la lejanía, con una beatitud tranquila y voluptuosa. Al principio sólo advirtió esos dos ojos, y fue como si el cielo mismo lo mirara a través de los árboles en flor. Se acercó, maravillado. Una pálida muchacha rubia estaba acurrucada en un sillón; sus blancas manos que parecían asir algo invisible se levantaban claras y transparentes por encima de una manta de verde obscuro, que envolvía sus rodillas y sus pies. Sus labios eran de un rojo tierno de flor apenas despuntada, y una leve sonrisa los asoleaba. Así sonrío el niño dormido, la noche de Navidad, con su nuevo juguete apretado entre los brazos. El rostro pálido y transfigurado era tan bello que el estudiante recordó de pronto viejos cuentos en los cuales desde hacía mucho, mucho tiempo. no había pensado más. Y se detuvo, involuntariamente, como se hubiera detenido ante una madona al borde del camino, invadido por ese sentimiento de gran reconocimiento solar y de íntima fidelidad que sumerge a veces a aquél que ha olvidado la plegaria. Entonces su mirada encontró la de la muchacha. Se contemplaron, los ojos en los ojos, con una

comprensión dichosa. Y con un gesto semi-inconsciente, el estudiante arrojó por encima de la cerca la joven rama florida que tenía en la mano, y que vino a posarse con un dulce estremecimiento en el regazo de la pálida niña. Las blancas y delgadas manos asieron con tierna prisa la flecha fragante, y Karsky recibió el luminoso agredicimiento de los ojos mágicos, no sin una medrosa voluptuosidad. Luego se fue a través de los campos. Solamente volvió a encontrarse en espacio libre, bajo el alto cielo solemne y silencioso, advirtió que cantaba. Era una canción antigua, feliz.

A menudo he deseado-pensaba el estudiante Vicente Víctor Karsky-haber estado enfermo durante todo un largo invierno, y regresar lentamente, poco a poco, a la vida, con la primavera. Estar sentado ante mi puerta, llenos de asombro los ojos, conmovido por un agradecimiento infantil hacia el sol y la existencia. Y todo el mundo, entonces, se muestra muy gentil y amistoso, la madre viene a cada momento para besar la frente del convaleciente, y sus hermanas juegan alrededor de él y cantan hasta el crepúsculo. Pensaba en esas cosas porque la imagen de la rubia y enfermiza Elena volvía sin cesar a su recuerdo, tendida bajo los pesados cerezos en flor y soñando extraños sueños. A menudo abandonaba bruscamente su trabajo y corría hacia la silenciosa y pálida muchacha.

Dos seres que viven la misma dicha se encuentran rápidamente. La joven enferma y Víctor se embriagaban de aire fresco y perfumes primaverales, y sus almas resonaban con igual júbilo. Él se sentaba al lado de la rubia niña y le relataba mil historias, con su voz suave y acariciadora. Lo que decía entonces le parecía extraño y nuevo, y espiaba con arrobado asombro sus propias palabras puras y perfectas, como una revelación. Debía ser algo verdaderamente grande lo que anunciaba; porque la madre de Elena misma,-mujer de cabellos blancos y que debió oír muchas cosas en el mundo-lo escuchaba con frecuencia, discreta y pensativa, y había dicho cierta vez con una sonrisa imperceptible: "Deberíais ser poeta, señor Karsky".

Sin embargo, los compañeros meneaban la cabeza con aire cuidadoso. Vicente Víctor Karsky sólo rara vez iba a su círculo; y cuando iba, callaba, no escuchaba sus chanzas ni sus preguntas, y se contentaba con sonreír misteriosamente, al resplandor de la lámpara, como si espicara un canto lejano y amado. No hablaba ni aún de literatura, no leía nada ya, y cuando se intentaba malhadadamente arrancarlo a su ensoñación, rezongaba con brusquedad: "¡Os lo ruego! ¡El Señor tiene verdaderamente

huéspedes extraños!"

Todos los estudiantes estaban de acuerdo para estimar que el buen Karsky pertenecía ahora a la especie más extraña de esos "huéspedes". Ya no hacía sentir ni su virtuosa superioridad, y privaba a las muchachas de su humanitaria enseñanza. Era para todos un enigma. Cuando, de noche, se lo encontraba por las calles, estaba solo, no miraba a derecha ni a izquierda, y parecía preocupado por disminuir el resplandor extrañamente dichoso de sus ojos, e ir a ocultarlo con la mayor prisa a su pequeña habitación solitaria, lejos del mundo.

-¡Qué hermoso nombre llevas, Elena!-susurraba Karsky, con voz circunspecta, como si confiara un misterio a la muchacha.

Elena sonreía:

-Mi tío me lo reprocha siempre. Piensa que sólo princesas o reinas debieran llamarse así.

-¡Pero tú también eres una reina! ¿No ves que llevas una corona de oro puro? Tus manos son como lirios, y creo que Dios debió decidirse a romper un poco de su cielo para hacer tus ojos.

-¡Sentimental!-decía la muchacha, con una mirada agradecida.

-¡Así es como quisiera poder pintarte!-suspiraba el estudiante. Luego callaban. Sus manos se juntaban involuntariamente, y tenían la sensación de que una forma descendía sobre ellos, llegada desde el jardín atento, dios o hada. Una espera dichosa colmaba sus almas. Sus ávidas miradas se encontraban como dos mariposas enamoradas, y se abrazaban. Luego Karsky hablaba, y su voz era semejante al rumor lejano de los álamos:

-Todo esto es como un ensueño. Tú me has encantado. Con esa rama florida, yo mismo me he dado a ti. Todo está cambiado. Hay tanta luz en mí. Ya no sé lo que era antes. No siento más ningún dolor, ninguna inquietud, no, ni aún un deseo en mí. Así imagino siempre la beatitud, lo que está más allá de la tumba...

-¿Tienes miedo de morir?

-¿De morir? ¡Sí! Pero no a la muerte.

Elena llevó dulcemente su mano pálida a su frente. La sintió muy fría. -Ven, entremos,-aconsejó él con ternura.

-No siento mucho frío, y la primavera es tan bella.

Elena pronunció estas palabras con una íntima nostalgia. Su voz tenía la resonancia de un canto.

Los cerezos ya no estaban en flor, y Elena se encontraba sentada un poco más lejos, en la sombra más densa y más fresca de la alameda. Vicente Víctor Karsky había ido a despedirse. Iba a pasar las vacaciones de estío al borde de un lago lejano, en el Salzkammergut, junto a sus viejos padres. Hablaban como siempre de cosas diversas, de ensueños y de recuerdos. Pero no pensaban en el porvenir. El rostro menudo de Elena estaba más pálido que de costumbre, sus ojos eran más grandes y más profundos, y sus manos temblaban a veces, débilmente, bajo la manta verde oscuro. Y cuando el estudiante se levantó y tomó esas dos manos entre las suyas, con precaución, como se toma un objeto frágil, Elena murmuró:

-¡ Bésame !

El joven se inclinó y rozó con sus labios fríos y sin deseo la frente y la boca de la enferma. Como una bendición, bebió el cálido perfume de esa casta

boca, y en ese instante le volvió un recuerdo de su lejana infancia: su madre levantándolo hacia una madona milagrosa. Se fue entonces, fortificado, sin dolor, por la olmeda crepuscular. Se dio vuelta una vez aún, hizo una señal a la niña que lo contemplaba con una sonrisa lasa; luego le arrojó una tierna rosa por encima de la cerca. Elena tendió la mano para asirla, con una pasión dichosa. Pero la flor roja cayó a sus pies. La joven enferma se inclinó con esfuerzo, tomó la rosa entre sus manos unidas y apretón sus labios sobre sus tiernos pétalos sedos. Karsky no había visto nada.

Con las manos juntas, marchaba entre el resplandor del estío.

Cuando estuvo en su habitación silenciosa, se echó en su viejo sillón y contempló, afuera, el sol. Las moscas bordanaban detrás de las cortinas de tul, una tierna yema había brotado en el alféizar de la ventana. Y de súbito sobrevino en el espíritu del estudiante la idea de que ella no le había dicho hasta luego.

Quemado por el sol, Vicente Víctor Karsky había regresado de sus vacaciones. Marchaba con paso maquinal por las calles de viejas casas de tejado, sin ver los frontispicios que la luz otoñal volvía violáceos. Era la primera vez que tomaba ese camino desde su retorno, y sin embargo se hubiera dicho que era su trayecto cotidiano. Traspuso la alta verja del apacible cementerio y, aún allí, prosiguió su camino entre los montículos de tierra y las bóvedas como si estuviera seguro de su propósito. Se detuvo delante de una tumba cubierta de césped, y leyó sobre la sencilla cruz: Elena. Había sentido que allí era adonde debía ir para encontrarla nuevamente. Una sonrisa de dolor tembló en la comisura de sus

labios. Repentinamente, pensó:-¡Qué avara ha sido su madre! Sobre la tumba de la muchacha, entre marchitas rosas, no había más que una corona de alambre y de flores de mal gusto. El estudiante fue a buscar algunas rosas, se arrodilló, y recubrió el mezquino alambre con frescos pétalos, hasta que no se vio ya el metal. Luego, se fue, con el corazón claro como ese anochecer rojo de precoz otoño, solemnemente expandido sobre los techos.

Una hora más tarde, Karski estaba sentado a la mesa del círculo. Sus viejos compañeros se apretaban alrededor de él, y para responder a su bullanguero deseo, relató su viaje de estío. Hablando de sus correrías por los Alpes, volvía a encontrar su antigua superioridad. Bebían sus palabras.

-Dinos, pues, -expresó uno de los amigos- ¿qué tenías antes de las vacaciones? Estabas... cómo decirlo... Vamos, anda, ¡sácanos de esto! Vicente Víctor Karsky replicó, con una sonrisa distraída:

-¡Ah! ¡Nuestro Señor! . . .

-¡Tiene extraños huéspedes!...-completaron a coro los amigos-. ¡Lo sabíamos ya !

Después de algunos momentos, como nadie esperaba respuesta, agregó, con mucha seriedad:

-Creedme, todo depende de esto: haber tenido, una vez en la vida, una primavera sagrada que colme el corazón de tanta luz que baste para transfigurar todos los días venideros.

Todos estaban tendidos hacia él, como si esperaran algo más. Pero Karsky calló, brillándole los ojos.

Nadie lo había comprendido, y sin embargo sobre todos ellos flotaba como un encanto misterioso. Hasta que el más joven vació su vaso de un trago, dejándolo ruidosamente sobre la mesa y exclamando:

-¡Creo que os ponéis sentimentales, niños! ¡De pie! Os invito a todos a mi casa. Es más confortable que esta sala de albergue, y además tal vez lleguen algunas muchachas. ¿Vienes tú también?-dijo, vuelto hacia Karsky.

-¡Naturalmente! dijo gayamente Vicente Víctor, y vació con lentitud su vaso.

FIN

La Fuga

La iglesia estaba desierta. Por encima del altar mayor, un rayo del sol poniente irrumpía en la nave central a través del vitral de color, ancho y simple como los antiguos maestros lo representan en la Anunciación, y reanimaba las tintas palidecidas del tapiz puesto sobre las gradas. El coro alto, con sus columnas barrocas de madera esculpida, cortaba a continuación la iglesia; la obscuridad se cerraba y las pequeñas lámparas eternas parpadeaban, más y más atrayentes, delante de los santos obscurecidos. Al amparo del último y macizo pilar de piedra, reinaba una dulce penumbra. Allí estaban sentados ellos, y sobre ellos había un viejo cuadro representando el camino de la cruz. La pálida muchachita, vestida con una saya amarilla se apelotonaba en el rincón más sombrío del negro y macizo banco de encina. La rosa que adornaba su sombrero rozaba la barbilla del ángel de madera, esculpido en el respaldo, y se hubiera dicho que lo hacía sonreír. Fritz, el colegial, tenía las dos manos finas de la muchachita, calzadas con guantes rotos, como se tiene una avecula, con una dulce firmeza. Era dichoso y soñaba: van a cerrar la iglesia, no advertirán nuestra presencia y nos quedaremos solos. Ciertamente vienen espíritus aquí, durante la noche.

Se apretaban estrechamente el uno contra el otro, y Ana cuchicheó, inquieta: "¿No nos hemos demorado?"

Ambos tuvieron en el mismo instante el mismo pensamiento afligente: Ella se acordó de pronto de su sitio habitual, en la ventana, donde cosía cada día; desde allí descubría sólo un negro y horrible muro medianero y jamás recibía el menor rayo de sol. Él, entre tanto, volvía a ver su mesa de trabajo, cubierta de cuadernos del curso, y en la cima de una pila, abierto, el Symposium de Platón. Ambos miraban delante de ellos, y sus ojos siguieron la misma mosca que peregrinaba a lo largo de las ranuras y las runas del reclinatorio.

Se contemplaron en los ojos.

Ana suspiró.

Con un gesto tierno y protector, Fritz la abrazó y dijo: "¡Ah! si pudiéramos irnos!" Ana lo interrogó con la mirada y vio la nostalgia brillar en sus ojos. Bajó los párpados, enrojeció y lo oyó proseguir:

-Por otra parte, en general los detesto, detesto a todos. Me horroriza la manera cómo me miran cuando vuelvo de nuestras

citas . ¡Nada más que desconfianza y una alegría mezquina! Ya no soy un niño. Hoy o mañana, tan pronto como pueda ganarme la vida, nos iremos juntos, muy lejos de aquí. ¡Y a pesar de ellos!

"¿Me amas?"

La pálida criatura prestó oídos.

-Te adoro.

Y Fritz recogió la pregunta que iba a despuntar en sus labios.

-¿Me llevarás pronto?-inquirió la pequeña, vacilante.

El colegial se calló. Maquinalmente alzó los ojos, siguió con la mirada la arista de la maciza pilastra de piedra y leyó sobre la vieja estación: "Padre, perdonadlos . . ."

Indagó con impaciencia:

-¿Dudan de algo, en tu casa?

Apremió a la muchachita:

-Dí.

Suavemente, ella dijo que sí con la cabeza.

Él se encolerizó:

-Está bueno. Es justamente lo que pensaba. Al fin eso debía suceder. ¡Todas esas charlatanas! ¡Ah si pudiera!...

Hundió la cabeza entre sus manos.

Ana se apoyó en su hombro. Dijo con sencillez:

-No estés triste.

Se quedaron así.

De pronto el jovencito se irguió y dijo:

-¡Ven, marchémonos juntos!

Una sonrisa reprimida apareció en los bellos ojos de Ana que estaban llenos de lágrimas. Meneó la cabeza, pareciendo poseída de una profunda aflicción. Y el colegial retomó las pequeñas manos calzadas de guantes gastados. Miraba hacia la nave central. El sol había desaparecido, los vitrales de color eran ya sólo manchas grises y amortecidas. La iglesia estaba silenciosa.

Luego hubo en la cima de la nave un piar. Ambos alzaron los ojos. Descubrieron una tierna golondrina extraviada que, revoloteando, desesperada, buscaba escapar.

Haciendo camino, el colegial se acordó de un deber de latín que había descuidado. Decidió trabajar a pesar de su repugnancia y su fatiga. Pero sin quererlo hizo una vuelta asaz larga y estuvo a punto de extraviarse vagando a través de las calles de la ciudad que sin embargo conocía muy bien. Era de noche cuando volvió a su pequeña habitación. Sobre los cuadernos de latín encontró una carta. La leyó a la luz indecisa de una bujía:

"Lo saben todo. Te escribo llorando. Papá me ha pegado. Es terrible. Ahora nunca más me dejarán salir sola. Tienes razón. Partamos. A América, adonde tú quieras. Iré mañana, a las seis, a la estación. Hay un tren que papá toma siempre para ir a cazar. ¿A dónde va? No lo sé. Me detengo, alguien viene. "De modo que espérame. Está decidido, Mañana, a las seis. Tuya hasta la muerte.

Ana.

"Falsa alarma. No era nadie. ¿Adónde crees que podríamos ir? ¿Tienes dinero? Yo tengo ocho thalers. Envío esta carta con nuestra criada a la vuestra. Ahora, ya no estoy más intranquila.

"Creo que es tu tía María la que ha soltado la lengua.

"Nos habrá visto, entonces, el domingo último".

El colegial iba y venía en su habitación, a largos pasos resueltos. Sentíase como liberado. Su corazón latía violentamente. Se dijo de pronto: ¡ser un hombre! Ella tiene confianza en mí. Puedo protegerla. Sentíase muy dichoso y lo sabía: ella será toda mía. La sangre se le subía a la cabeza. Tuvo que volverse a sentar y se preguntó de súbito: ¿pero a dónde ir?

Era inútil, esa interrogante retornaba sin cesar. Intentó alejarla haciendo los preparativos para la partida. Lió un poco de ropa blanca, algunos trajes, y metió sus economías en su cartera negra. Estaba pletórico de ardor. Abrió inútilmente todos los cajones, tomó y volvió a colocar objetos, arrojó sus cuadernos a un rincón de la pieza y manifestó con un entusiasmo demostrativo a las cuatro paredes de su habitación: Desde aquí, cambio de programa. Esta es la partida decisiva.

Había pasado la medianoche cuando él estaba aún sentado en el borde de su lecho.

No pensaba en dormir. Acabó por tenderse completamente vestido, porque a fuerza de haberse inclinado, la espalda le causaba daño. Se preguntó todavía varias veces: ¿Adónde ir?-terminó por contestarse a sí mismo, en voz alta: "Cuando se ama de verdad . . . "

La péndola hacía tic-tac. Afuera pasó un carruaje, haciendo vibrar los cristales. La péndola, todavía sofocada de haber sonado los doce golpes de medianoche, dijo con pena: "Una hora". No pudo continuar.

Y Fritz la escuchó aún desde muy lejos. Soñaba: "Cuando se ama... de verdad..."

Pero a los primeros resplandores del alba, se estremeció, sentado sobre la almohada, y se dio clara cuenta de que ya no amaba a Ana. Su cabeza estaba pesada. No amo más a Ana, se decía. ¿Era

eso verdaderamente serio? ¿Querer marcharse a causa de unas bofetadas? ¿Y adónde ir? Se puso a reflexionar como si ella se lo hubiera confiado. ¿Adónde, pues, quería irse ella? A alguna parte, no importa adónde. Él se indignó: ¿Y yo? Naturalmente, tendría que abandonarlo todo, mis padres, y... todo. ¿Y después? ¿Y el porvenir? ¡Qué estúpida era esa Ana, qué fea! ¡Merecería ser castigada, si de verdad fuera capaz de eso ! ¡Si ella fuera capaz de eso!

Cuando el claro sol de mayo invadió muy gayamente la habitación, él se dijo: No es posible que ella haya hablado seriamente. Se sintió tranquilizado y sintió ganas de quedarse en el lecho. Luego revolvió: Voy a ir a la estación para convencerme de que no vendrá.

Imaginaba ya la alegría que experimentaría si no venía.

Temblando con la frescura de la mañana, fatigadas las rodillas, fue a pie hasta la estación. La sala de espera estaba vacía.

Semi-inquieto, tranquilizado a medias, miró a su alrededor. Ninguna saya amarilla. Fritz respiró. Recorrió todos los pasillos y las salas. Viajeros mal despiertos e indiferentes, iban y venían; había mozos de cordel parados junto a las columnas; gentes humildes estaban sentadas entre sus bultos y sus cestas, en bancos polvorientos, en los nichos de las ventanas.

El portero gritó algunos nombres en una de las salas de espera y agitó una campanilla de sonido agudo. Luego repitió, más cerca, con una voz gangosa, los mismos nombres de estaciones, y recommenzó igual ejercicio en el andén, agitando cada vez su maldita campana. Fritz regresó sobre sus pasos y, con aire despreocupado, las manos en los bolsillos, volvió al hall central de la estación. Estaba satisfecho y se decía con un gesto de vencedor: Ninguna saya amarilla. Bien lo sabía.

Vuelto fanfarrón por el alivio, se acercó a la columna de los anuncios de horarios para saber por lo menos adónde iba ese fatal tren de las seis. Leyó maquinalmente los nombres de las estaciones, con la expresión de alguien que contemplara una escalera en la que hubiera estado a punto de caer.

De pronto, pasos presurosos resonaron en las losas. Alzando los ojos, Fritz tuvo apenas el tiempo de ver la saya amarilla y el sombrero adornado con una rosa desaparecer tras el portillo que se abría sobre el andén.

Fritz miró con ojos fijos desaparecer la muchacha.

De pronto se sintió; poseído de un espantoso miedo hacia esa pálida y frágil muchachita que quería jugar con la vida. Y como si hubiera temido que pudiera regresar sobre sus pasos, juntársele y obligarlo a partir con ella por el mundo desconocido, se echó a

correr, huyó, cuan ligero pudo, sin darse vuelta, en dirección a la ciudad.

FIN